



A FONDO | GLOBALIZACIÓN El autor explica cuáles serán algunas de las principales consecuencias globales en los terrenos económico, financiero y laboral cuando se supere la crisis del Covid-19.

Economía pospandémica

JOSÉ GARCÍA MONTALVO

EN ESTOS DÍAS las noticias económicas están centradas en el muy corto plazo: la evolución de la Bolsa, el enorme incremento de ERTes, las medidas monetarias y fiscales de los gobiernos, etcétera. A pesar de las visiones apocalípticas, la tasa de mortalidad del virus en el país donde mejor se ha medido (Corea del Sur) es del 0,65%. Por comparación, la mal llamada *gripe española* del año 1918 tuvo una mortalidad del 2,5%. Pero, y cuando pase todo esto, ¿qué quedará? A estas alturas todavía es muy aventurado hablar sobre cómo se transformará la economía tras este *shock*. Pero quizás vale la pena empezar a reflexionar sobre este tema.

La primera cuestión es cuál será el coste económico del coronavirus. Esta es quizá la pregunta más compleja que podemos hacernos dado que el pasado puede ser una guía muy imprecisa. Las epidemias regionales del SARS (2003), Ébola (2014-16) o H1N1 (2009) costaron entre 40.000 y 53.000 millones de dólares. Para una pandemia moderada de gripe, como la gripe asiática de 1957-58, la estimación asciende al 2-

2,2% del PIB mundial. Sin embargo, una pandemia grave como la *gripe española*, hizo caer el PIB mundial un 5%. La experiencia apunta a que cuando la pandemia finaliza la economía se recupera rápido: Estados Unidos tardó medio año en recuperarse tras la *gripe española*, menos de la mitad de lo que cuesta una recuperación de una crisis económica cíclica.

Pero la pandemia actual es difícilmente comparable. El elevado grado de globalización de las economías genera una situación especial. Además, la gripe de 1918 afectó a

personas en edad de trabajar mientras que el coronavirus está teniendo mayor incidencia en personas ya jubiladas. Al final, el impacto dependerá mucho de la eficacia de las medidas adoptadas para afrontar los efectos de segunda ronda del *shock*: mantener la renta de las familias (evitando los efectos del desempleo y sosteniendo la demanda) y apoyar a las empresas (proporcionando liquidez y manteniendo la oferta). Asimismo, en esta crisis las medidas para prevención del contagio están siendo muy drásticas. Si el pasado sirve de guía, alrededor del 60% del coste de una pandemia se deriva de los intentos de prevenirla. Por si esto fuera poco, reconstruir las cadenas de producción internacionales precisará un nivel de coordinación muy superior al requerido en el pasado.

Y esto suponiendo que se reconstruyan. La globalización económica se ha producido a partir de cálculos sobre el ahorro en los costes del factor trabajo. Esta pandemia ha mostrado la necesidad de introducir el precio del riesgo de disrupción de las cadenas de producción internacionales en las decisiones sobre deslocalización. Muchas de las epidemias recientes se han originado en países con bajos salarios y bajo nivel de desarrollo. Esto significará una tendencia centripeta opuesta a la globalización.

En Europa, en concreto, hay un segundo efecto importante. La epidemia ha vuelto a poner de manifiesto la irrelevancia de la Unión Europea. Llega tarde, con poco presupuesto o sin acuerdo. Son los países los que adoptan medidas, cada uno por su lado y con poca coordinación. Solo faltaba que Schengen saltara por los aires para alentar más las tendencias centrifugas ya latentes en el club comunitario.

Las economías pospandémicas tendrán también unos elevadísimos niveles de deuda pública, vistas las medidas que están tomando muchos países para atacar los efectos económicos del *shock* y la flexibilidad que ofrecen las autoridades fiscales, incluida la UE, para los déficits públicos. Estos niveles elevados de deuda pública implicarán mayores impuestos en el futuro y una mayor sensibilidad de las cuentas públicas al aumento de los tipos de interés. Será raro encontrar países con un nivel de deuda pública inferior al 100% a no ser que la política monetaria tome la sugerencia de algún especialista, como el investigador del CREI Jordi Gali, que propone que se financien las medidas a partir de imprimir dinero (gasto público financiado por el banco central). En estos momentos, la propuesta es anatema para la economía monetaria tradicional, pues pone en cuestión la independencia de los bancos centrales, pero si las cosas se complicaran mucho más vere-

mos qué sucede.

Por otra parte, la regulación bancaria pospandémica deberá ser muy diferente. No deja de ser paradójico que se hayan suspendido los *stress test* a la banca justamente en un momento ideal para realizarlos. Si la mastodóntica regulación aprobada en los últimos años era acertada, ¿por qué una de las primeras medidas ha sido su flexibilización generalizada? Esto demuestra que no es posible prever todas las contingencias a las que se puede enfrentar el sector bancario y que las toneladas de regulación impuestas en las entidades solo generan una falsa sensación de control y seguridad. Necesitamos una regulación bancaria inteligente y no *ad hoc*. Cambiar la regulación de forma *ad hoc* cuando hay problemas socava drásticamente la credibilidad del regulador.

Algunas de las medidas adoptadas durante esta crisis ayudarán a acelerar la transición tecnológica. El teletrabajo será una fórmula mucho más frecuente en la economía pospandémica. También se acelerará el movimiento a las videoconferencias, la formación a distancia, las visitas virtuales, la compra por internet, la banca digital, el pago por medios telemáticos, etcétera. Para evitar la creciente tendencia a la monopolización de los sectores tecnológicos, que se vería lógicamente intensificada, será necesario contar con autoridades de la competencia potentes.

Por último, esta pandemia debería producir un sustancial aumento de la inversión en investigación y desarrollo. De 2011 a 2018 la OMS ha contabilizado 1.483 epidemias en 172 países. Hace tiempo que sabemos que los próximos *shocks* mundiales no serán guerras nucleares sino catástrofes pandémicas y bioterrorismo. Es necesario tomarse en serio todos los aspectos de estas nuevas amenazas. La investigación médica, tecnológica, económica, etcétera, es necesaria para abordar este riesgo global. Los seguros contra pandemias podrían ayudar a distribuir el riesgo en los mercados financieros. La economía pospandémica deberá tener una capacidad mucho mayor para hacer frente a este tipo de episodios porque, al final, los costes personales y psicológicos de una grave crisis económica pueden ser enormes.

José García Montalvo es catedrático de Economía de la Universidad Pompeu Fabra (UPF). El pasado junio fue galardonado en la categoría económica en los Premios Rey Jaime I de 2019.

Los próximos 'shocks' mundiales no serán guerras sino catástrofes pandémicas y bioterrorismo

La epidemia pone de manifiesto la irrelevancia de la UE; solo falta que Schengen salte por los aires